

DEBBIE MACOMBER

El hostal
de las ilusiones

Traducción:

MARTA ARMENGOL ROYO



MAEVA

Nota de la autora

Queridos amigos:

He tomado nota: os encanta Cedar Cove y no queríais dejar atrás a sus personajes. A sus diez mil personajes. Bueno, tal vez esté exagerando un poquito, pero ya os hacéis a la idea del problema que tenía. Trece libros escritos, cada uno protagonizado por su propio elenco. A vosotros quizá no os diera vueltas la cabeza intentado recordar quién es quién, pero a mí sí. Había llegado la hora de decir adiós, pero las despedidas siempre son difíciles y, a juzgar por lo que algunos de vosotros me contasteis, también traumáticas.

Soy una autora que escucha a sus lectores. Sois vosotros quienes habéis guiado mi carrera desde que publiqué mi primera novela. Intento satisfacer siempre a aquellos que me han apoyado y se han mostrado fieles desde el principio. Así que decidí hacer una concesión: mi nueva serie está ambientada en un hostel en Cedar Cove. De esta manera, los personajes a los que tanto queréis aparecerán de vez en cuando para que veáis cómo les va. Sin embargo, la historia se centrará en Jo Marie y la gente que se hospeda en el Hostal Rose Harbor.

El nombre «Rose» tiene un significado especial para mí. Mi bisabuela se llamaba Rose, igual que mi madre. Mi hija mayor se llama Jody Rose, y mi nieta (que nació el día de mi cumpleaños), Madeleine Rose, así que, como podéis ver, el nombre está bien enraizado en nuestro linaje. Igual que en todas mis historias, comparto una parte de mí misma con mis lectores.

Y, como siempre, tengo muchas ganas de que me hagáis llegar vuestros comentarios. Tenéis muchas formas de ponerlos en contacto conmigo: podéis visitar mi página web, debbiemacomber.com, y firmar en el libro de visitas virtual, o enviarme una carta al apartado de Correos P.O. Box 1458, Port Orchard, WA98366, USA. Leo todos los mensajes y cartas que me llegan. También podéis escribirme a través de Facebook. ¡Esperad! Aún hay más... Tengo una app especial. Fijaos cuánta tecnología punta me rodea.

Y ahora, poneos cómodos, que os voy a presentar a Jo Marie y a sus dos primeros huéspedes. Jo Marie acaba de empezar una nueva vida, y estoy segura de que se ganará vuestro afecto, tanto ella como todos aquellos que encuentran un refugio para sanar sus heridas en su hostel.

Con todo mi cariño,

Debbie Macomber

Capítulo 1

Anoche soñé con Paul.

Nunca anda lejos de mi mente —no pasa un día en que no esté conmigo—, pero no había soñado con él hasta ahora. Es irónico, supongo, que fuera él quien me dejara, porque antes de cerrar los ojos fantaseo con que me rodea con sus brazos. Al dormirme, finjo que tengo la cabeza apoyada en su hombro. Por desgracia, nunca podré volver a estar con mi marido, al menos, no en esta vida.

Hasta anoche, si alguna vez soñaba con Paul, lo olvidaba al despertar. Pero este sueño ha permanecido en mi memoria, llenándome de tristeza y alegría a partes iguales.

Cuando me comunicaron que Paul había muerto, mi dolor fue tan grande que no creí poder salir adelante. Sin embargo, la vida sigue, y yo también: me arrastré de un día al siguiente hasta que me sentí capaz de respirar con normalidad.

Ahora estoy en mi nuevo hogar, el hostel que compré hace menos de un mes en la península de Kitsap, en un pueblo costero muy acogedor llamado Cedar Cove. Decidí llamarlo Hostel Rose Harbor. El «Rose» es por mi marido, con quien estuve casada menos de un año, Paul Rose; el hombre a quien siempre amaré y echaré de menos durante el resto de mi vida. *Harbor*, «puerto», es por el lugar donde he echado el ancla mientras la tormenta de la pérdida se abate sobre mí.

Suena muy melodramático, pero no hay otra forma de decirlo. Aunque estoy viva y me comporto como una persona

normal, a veces me siento muerta por dentro. A Paul no le gustaría nada oírme decir eso, pero es cierto. Morí junto a Paul el pasado abril, en la ladera de una montaña en un país al otro lado del mundo, donde él luchaba por la seguridad de la nación.

La vida tal como yo la conocía terminó en un abrir y cerrar de ojos. Me arrebataron mi futuro soñado.

Se suele decir a quienes están de duelo por un ser querido que es mejor esperar un año antes de tomar cualquier decisión importante. Mis amigos me dijeron que me arrepentiría si dejaba mi trabajo, abandonaba mi casa de Seattle y me trasladaba a una nueva ciudad.

Lo que no comprendían es que no encontraba ningún consuelo en lo familiar, que la rutina no me daba alegría alguna. Pero como apreciaba su opinión, esperé seis meses. Y en ese tiempo nada mejoró, nada cambió. Sentía cada vez más la necesidad de alejarme, de empezar una nueva vida, segura como estaba de que solo así encontraría la paz y se mitigaría el terrible dolor que se alojaba en mi interior.

Empecé a buscar una nueva casa por Internet, indagando en distintas regiones por todo Estados Unidos. La sorpresa fue que encontré lo que buscaba a un tiro de piedra.

El pueblo de Cedar Cove se encuentra frente a Seattle, al otro lado del estrecho de Puget. Es una ciudad marinera, junto al astillero de Bremerton. En cuanto encontré el anuncio de «en venta» de un hostel encantador, se me aceleró el corazón. ¿Yo, propietaria de un hotelito? Nunca se me había ocurrido regentar un negocio, pero me di cuenta de que necesitaría algo en que ocupar el tiempo. Además, y esa fue la buena señal que necesitaba, siempre me ha gustado recibir invitados.

Con un porche que da la vuelta a toda la casa y unas vistas increíbles a una cala, la casa era espectacular. En otra vida, hubiera podido imaginarnos a Paul y a mí sentados en el porche después de cenar, tomando un café y hablando de nuestro día, de nuestros sueños. Al principio pensé que la fotografía que vi en Internet era obra de un profesional que había disimulado sus defectos con habilidad. Parecía imposible que algo pudiera ser tan perfecto.

Me equivocaba. En cuanto llegué a la casa con la agente inmobiliaria, el encanto del hostel me cautivó. ¡Oh, sí! Estaba lleno de una deslumbrante luz natural, con ventanales que daban a la cala, y enseguida me sentí como en casa. Era el lugar perfecto para comenzar mi nueva vida.

Aunque permití educadamente que Jody McNeal, de la inmobiliaria, hiciera su trabajo y me enseñara la casa, no tenía ninguna pregunta que hacerle. Estaba predestinada a convertirme en la propietaria de ese hostel; era como si llevara todos esos meses a la venta esperándome. Tenía ocho habitaciones para huéspedes repartidas entre los dos pisos superiores y, en la planta baja, una enorme cocina moderna contigua a un espacioso salón. Su construcción se remontaba a principios del siglo XX, y tenía unas vistas espléndidas al mar y al puerto deportivo. Cedar Cove se extendía a sus pies a lo largo de la calle Harbor, que recorría toda la ciudad flanqueada por pequeñas tiendas. Aprecié el atractivo de la ciudad antes incluso de explorar sus rincones.

Lo que más me sedujo del hostel fue la sensación de paz que experimenté al entrar. La punzada en mi corazón que se había convertido en una compañía constante se desvaneció. El dolor que arrastraba desde hacía tantos meses se hizo más ligero. Lo substituyó una sensación de serenidad, una calma difícil de describir.

Desafortunadamente, esa paz no me duró mucho, y mis ojos se inundaron de lágrimas de repente, poniéndome en evidencia al final de la visita. A Paul también le hubiera encantado este lugar. Pero tendría que hacerme cargo del hotel yo sola. Por suerte, la agente inmobiliaria fingió no darse cuenta de las emociones que yo me esforzaba en disimular.

—Bueno, ¿qué te parece? —me preguntó Jody con expectación al salir por la puerta principal.

Yo no había pronunciado una sola palabra durante toda la visita, ni le había hecho ninguna pregunta.

—Me la quedo.

Jody inclinó la cabeza como si no me hubiera oído bien.

—¿Cómo dices?

—Me gustaría hacer una oferta. —No titubeé; para entonces no tenía duda alguna. Pedían un precio más que razonable, y yo estaba preparada para dar ese paso.

Jody casi dejó caer una carpeta llena de información sobre la propiedad.

—Tal vez quieras pensártelo —sugirió—. Es una decisión importante, Jo Marie. No me malinterpretes; me encantaría venderte la casa, lo único es que nunca había visto a alguien tomar una decisión como esta tan... deprisa.

—Me tomaré una noche para pensarlo, si quieres, pero no me hace falta. He sabido enseguida que este era el lugar apropiado.

En cuando mi familia se enteró de que pensaba dejar mi trabajo en Columbia Bank y comprar el hostel, todos intentaron hacerme cambiar de opinión, incluso mi hermano Todd, que es ingeniero. Yo había ido ascendiendo hasta convertirme en subdirectora de la sucursal de Denny Way, y Todd temía que estuviera arrojando por la borda una carrera prometedor en la que mi nombramiento como gerente estaba al caer. Llevaba casi quince años trabajando en el banco, siempre había sido una buena empleada y mi futuro profesional estaba lleno de buenas expectativas.

Lo que mis allegados no comprendían era que mi vida, tal y como la conocía, la vida que yo quería, que había soñado, había terminado. La única forma de sentirme realizada era encontrar una nueva.

Hice oficial mi oferta por el hostel al día siguiente y ni por un momento dudé de mi decisión. Los Frelinger, propietarios del hotel, la aceptaron muy agradecidos, y en cuestión de semanas —justo antes de Navidad— nos reunimos en la inmobiliaria para firmar el tedioso e inevitable papeleo. Les di un cheque y ellos me entregaron las llaves de la casa. Los Frelinger no habían aceptado reservas para las últimas semanas de diciembre, con la intención de pasar las vacaciones con sus hijos.

Al salir de la inmobiliaria, di un rodeo hasta los juzgados y rellené la solicitud para cambiar de nombre el hotel, rebautizándolo como Hostel Rose Harbor.

Regresé a Seattle y al día siguiente presenté mi dimisión en Columbia Bank. Pasé las fiestas empaquetando todas mis cosas en mi apartamento de Seattle y preparando la mudanza al otro lado del estrecho de Puget. Aunque solo me mudaba a unos kilómetros de distancia, parecía que me iba al otro lado del país. Cedar Cove era un mundo completamente distinto; una ciudad pintoresca de la península de Kitsap, muy lejos del ajetreo de la gran ciudad.

Sabía que a mis padres les decepcionó que no pasara gran parte de las vacaciones con ellos en Hawái, como era tradición en nuestra familia. Pero tenía muchas cosas que hacer con vistas a la mudanza, incluyendo poner en orden mis cosas y las de Paul, empaquetarlo todo y vender los muebles. Necesitaba mantenerme ocupada, me ayudaba a no pensar en que aquella era mi primera Navidad sin Paul.

Me mudé a mi nueva casa definitivamente el primer lunes después de Año Nuevo. Afortunadamente, los Frelinger me traspasaron el hotel completamente amueblado, así que lo único que traje conmigo fueron un par de sillas, una lámpara que perteneció a mi abuela y mis efectos personales. Apenas tardé unas horas en instalarme. Elegí para mí el dormitorio principal que los Frelinger también habían ocupado; tenía chimenea y una hornacina con un ventanal que daba a la cala. La habitación era lo suficientemente espaciosa como para que cupieran todos los muebles de un dormitorio, más un pequeño sofá junto a la chimenea. Lo que más me gustaba era el papel de la pared, de hortensias de color blanco y malva.

Para cuando la noche cayó sobre el hostel, yo estaba exhausta. A las ocho, con la lluvia azotando las ventanas y el viento silbando entre los árboles que resguardaban uno de los lados de la finca, me retiré a mi habitación. La tormenta daba a la estancia un aire aún más acogedor, con un fuego agradable que crepitaba en la chimenea. No sentía ninguna extrañeza en mi nuevo hogar. La casa me dio la bienvenida desde el momento en que traspasé el umbral.

Me metí en la cama, entre sábanas frescas y limpias. No recuerdo cuándo me dormí, pero sí recuerdo con todo detalle ese sueño de Paul, vívido y real.

En mi terapia para el duelo me habían enseñado que los sueños son una parte muy importante del proceso de sanación. El terapeuta describió dos tipos muy concretos de sueño: los primeros, tal vez los más comunes, son sueños sobre nuestros seres queridos, recuerdos que vuelven a cobrar vida.

El segundo tipo son los llamados «sueños de aparición», en los que el ser querido cruza el abismo entre la vida y la muerte para visitar a aquellos a quienes ha dejado atrás. Nos contaron que esos suelen ser sueños tranquilizadores: el difunto vuelve para asegurar a sus seres queridos que está en paz y feliz.

Habían pasado ocho meses desde que recibí la noticia de que Paul había muerto en un accidente de helicóptero en el Hindú Kush, la cordillera que se extiende entre el centro de Afganistán y el norte de Pakistán. Al Qaeda, o uno de sus aliados talibanes, derribó el helicóptero militar; Paul y cinco de sus compañeros del comando aéreo perdieron la vida al instante. El lugar del accidente imposibilitaba la recuperación de los cuerpos. Como si su muerte no fuera suficiente, no poder enterrar sus restos lo hacía todo aún más cruel.

Los días que siguieron a la noticia mi corazón albergó la esperanza de que Paul hubiera sobrevivido. Estaba convencida de que, de un modo u otro, mi marido encontraría la forma de volver conmigo. Pero no fue así. Las fotografías aéreas del lugar del accidente confirmaban que era imposible que hubiera supervivientes. Al final, lo único que importaba era que el hombre al que amaba y con el que me había casado ya no estaba. Nunca volvería, y solo con el paso de las semanas y los meses acabé por aceptarlo.

Tardé mucho tiempo en enamorarme. La mayor parte de mis amigos se casaron a los veintipocos y, para cuando entraron en la treintena, muchos de ellos ya habían empezado a formar sus familias. Yo era madrina de seis niños.

En cambio yo permanecí soltera hasta bien entrados los treinta. Tenía una vida plena y feliz, centrada en mi carrera y en mi familia. Nunca sentí ninguna prisa por casarme ni por hacer caso a mi madre, que insistía en que tenía que encontrar

a un buen hombre y dejar de ser tan exigente. Salí con muchos, pero nunca di con nadie a quien sintiera que podría amar durante el resto de mi vida, hasta que conocí a Paul Rose.

Dado que me había costado treinta y siete años encontrar a mi media naranja, no contaba con encontrar el amor por segunda vez. La verdad, ni siquiera estaba segura de querer volver a enamorarme. Paul Rose era todo cuanto siempre había deseado encontrar en un marido... y mucho más.

Nos conocimos en un partido de fútbol americano de los Seahawks. El banco me había regalado entradas, e invité a uno de nuestros clientes más importantes y a su esposa. Al sentarnos, me fijé en dos hombres con cortes de pelo militar sentados a mi lado. Durante el partido, Paul se presentó, también a su compañero, y entablamos conversación. Me contó que estaba destacado en Fort Lewis. Como a mí, le gustaba el fútbol americano. Mis padres eran hinchas de los Seahawks, y yo me crié en Spokane viéndolos jugar en televisión los domingos después de misa junto a mi hermano pequeño Todd.

Paul me invitó a tomar una cerveza después del partido esa misma tarde, y empezamos a vernos casi todos los días. Descubrimos que compartíamos mucho más que nuestra pasión por el fútbol americano: teníamos en común las mismas tendencias políticas, los mismos gustos literarios y nos encantaba la comida italiana. Hasta nos parecíamos en nuestra adicción a los sudokus. Podíamos pasarnos horas hablando, y, a menudo, lo hacíamos. Dos meses después de conocernos lo destinaron a Alemania, pero la separación no afectó a nuestra incipiente relación. No pasaba un día sin que nos pusiéramos en contacto de una forma u otra; nos enviábamos correos, mensajes de texto, hablábamos por Skype, publicábamos tuits y usábamos cualquier método disponible para comunicarnos. Incluso nos escribimos cartas manuscritas. Había oído hablar del «amor a primera vista», y me reía de ello. No puedo decir que a Paul y a mí nos pasara eso, pero fue algo muy parecido. Supe apenas una semana después de conocerlo que era el hombre con quien iba a casarme. Paul decía que le ocurrió lo mismo, aunque aseguraba que a él le había bastado con una cita.

Tengo que admitir que el amor me cambió. Era más feliz de lo que jamás recordaba haber sido. Y todo el mundo lo notaba.

Un año antes, por Acción de Gracias, Paul vino a Seattle de permiso y me pidió que me casara con él. Incluso le pidió mi mano a mis padres. Estábamos locamente enamorados. Yo llevaba mucho tiempo esperando y cuando le entregué mi corazón fue para siempre.

Justo después de nuestra boda, en enero, Paul recibió la orden de trasladarse a Afganistán. El helicóptero se estrelló el 27 de abril, y mi mundo saltó por los aires.

Nunca había sentido un dolor semejante, y me temo que lo llevé muy mal. Mis padres y mi hermano se preocupaban mucho por mí. Fue mi madre quien me sugirió que acudiera a terapia para el duelo. Y como estaba tan desesperada por encontrar la manera de aliviar mi pena, accedí. Acabé por alegrarme de acudir a las sesiones. Me ayudaron a comprender mis sueños, en especial el que tuve en mi primera noche en el hotel.

Al contrario de lo que me habían contado sobre los sueños de aparición, Paul no hizo nada por asegurarme que estaba en paz. Se me presentó ataviado con el uniforme militar. Lo rodeaba una luz tan deslumbrante que era difícil mirarlo directamente. Pero yo no podía apartar la vista de él.

Quería correr hacia él, pero tenía miedo de que desapareciera si me movía. No soportaría perderlo de nuevo aunque solo fuera una visión.

Al principio, no dijo nada. Yo tampoco, pues no estaba segura de lo que podía o debía decir. Recuerdo que de la emoción se me llenaron los ojos de lágrimas y que me cubrí la boca con la mano por miedo a echarme a llorar.

Él se me acercó y me abrazó con fuerza; me acarició la nuca para reconfortarme. Yo me aferré a él, pues no quería dejarlo ir. Me susurraba sin parar dulces palabras de amor.

Cuando se me aflojó el nudo de la garganta, alcé la vista y nos miramos a los ojos. Sentí como si Paul siguiera con vida y tuviéramos que ponernos al día tras una larga ausencia. Había muchas cosas que quería contarle y que quería que él me

explicara. Que tuviera contratado un seguro de vida con una póliza tan elevada fue una enorme sorpresa. Al principio sentí culpabilidad al aceptar tal suma de dinero. ¿No debería ser para su familia? Pero su madre estaba muerta, y su padre había vuelto a casarse y vivía en Australia. Nunca estuvieron muy unidos. El abogado me dijo que las instrucciones de Paul eran muy claras.

En mi sueño, quería contarle que había usado el dinero para comprar el hostel y que le había puesto su nombre. Una de las primeras reformas que llevaría a cabo era plantar una rosaleda, con un banco y una pérgola. Pero en el sueño no le dije nada de todo eso, porque él parecía saberlo ya.

Me apartó el pelo de la cara y me besó la frente con ternura.

—Has elegido bien —susurró, mirándome amorosamente—. Con el tiempo, volverás a ser feliz.

¿Feliz? Quería llevarle la contraria. No parecía probable, ni siquiera posible. Este tipo de dolor no tiene cura. Recordé cómo mi familia y amigos habían tenido que esforzarse por encontrar las palabras adecuadas para consolarme. Pero es que no hay palabras... Simplemente, no hay palabras que puedan hacerlo.

Aun así, no se lo discutí. No quería interrumpir el sueño y temía que se marchara si empezaba a cuestionarlo, cuando lo que yo deseaba era que se quedara conmigo. Me había embargado un sentimiento de paz, y mi corazón, cargado con ese pesar, ahora parecía más ligero.

—No sé si puedo vivir sin ti —le dije, y era verdad.

—Puedes, y lo harás. Tendrás una larga vida muy plena —insistía Paul. Hablaba como el oficial que había sido, dando órdenes que no admitían réplica—. Volverás a sentir alegría —repitió—, y gran parte de esa alegría vendrá del Hostal Rose Harbor.

Fruncí el ceño. Sabía que estaba soñando, pero era un sueño tan vívido que quería creer que era real.

—Pero... —Mi cabeza estaba llena de preguntas.

—El hotel es un regalo que te hago —continuó Paul—. No dudes, mi amor. Dios te mostrará el camino. —Un instante después, había desaparecido.

Grité, suplicándole que volviera, y fue mi grito agudo lo que me despertó. Mis lágrimas eran reales; noté la humedad en mis mejillas y la almohada.

Pasé un buen rato sentada a oscuras, deseando aferrarme a la sensación de la presencia de mi marido, hasta que finalmente se desvaneció y volví a dormirme casi sin darme cuenta.

A la mañana siguiente, me levanté y caminé descalza por el suelo de madera del pasillo hasta el pequeño despacho junto a la cocina. Encendí la lámpara de la mesa y hojeé el libro de reservas que los Frelinger me habían dejado. Me detuve en los nombres de los dos huéspedes que iban a llegar esa semana.

Joshua Weaver hizo su reserva la semana antes de que yo comprara el hostel. Los antiguos propietarios me lo comentaron cuando firmamos los papeles.

El segundo nombre de la lista era el de Abby Kincaid.

Dos huéspedes.

Paul había dicho que el hostel era un regalo para mí. Y yo haría todo cuanto estuviera en mis manos para que mis dos huéspedes estuvieran a gusto. Tal vez, al hacer cosas por los demás, encontrara la alegría que Paul me había prometido. Y tal vez, pasado el tiempo, pudiera volver a vivir.

Capítulo 2

Josh Weaver nunca hubiera creído que volvería a Cedar Cove. En los doce años transcurridos desde su graduación en el instituto solo había regresado una vez, para el funeral de Dylan, su hermanastro. Aunque en esa ocasión ni siquiera pernoctó en el pueblo. Tomó un vuelo a primera hora de la mañana, alquiló un coche, se presentó en el funeral y se marchó en cuanto terminó para estar de vuelta en su lugar de trabajo, en California, ese mismo día. Apenas habló con su padrastro.

Aunque tampoco es que Richard se hubiera molestado en acercársele. Era justo lo que Josh esperaba. Aunque Dylan y él estaban muy unidos, su padrastro no le pidió que fuera uno de los portadores del féretro de su hijo. Y ese desaire le había dolido. De todas formas, acudió para despedirse de su hermanastro.

Y ahora Josh regresaba, aunque no porque sintiera el más mínimo deseo de reencontrarse con Cedar Cove. Para él, el pueblo era solo el lugar donde se encontraban la tumba de su madre y la de Dylan.

Con solo un año de diferencia, Josh y Dylan tenían una relación muy estrecha. Dylan siempre fue un temerario, Josh estuvo fascinado por su carencia absoluta de miedo desde el día que se conocieron. Aun así, la noticia de que Dylan se había matado en un accidente de moto lo conmocionó. Había sucedido cinco años atrás. Siete años después de que su padrastro, Richard Lambert, lo echara de su casa y lo forzara a buscarse la vida.

Y ahora parecía que era el viejo quien iba a pasar a mejor vida. El único motivo por el que Josh había vuelto al pueblo era porque los Nelson, vecinos de Richard, se pusieron en contacto con él. Michelle Nelson y Dylan iban al mismo curso, y Josh uno por delante. Después de graduarse, la amable Michelle se había hecho trabajadora social. Josh recordaba que había estado muy enamorada de Dylan, pero su sobrepeso hizo que él no correspondiera a sus sentimientos. Josh relacionaba lo considerada que había sido Michelle al cuidar de Richard con su afecto por Dylan.

—Richard está muy mal —le había dicho Michelle durante la breve conversación telefónica que mantuvieron—. Si quieres verlo con vida más vale que vengas pronto.

Josh no sentía ningún deseo de verlo. Ninguno. No compartían más que una antipatía mutua. Pero había accedido a visitarlo por dos motivos. El primero era que, en ese momento, no tenía ninguna obra entre manos. Acababa de terminar un proyecto y esperaba los detalles del siguiente. Y segundo, aunque no le parecía importante ni creía que fuera realmente posible, sería bonito hacer las paces con el viejo. Además, quería recuperar varias cosas de la casa de su padrastro. Ya que iba a Cedar Cove, le gustaría llevarse algunos efectos personales que su madre tenía antes de casarse. Nada más y nada menos que lo que le pertenecía por derecho.

—Iré tan pronto como pueda —contestó Josh.

—Date prisa —le urgió Michelle—. Richard te necesita.

Josh apostaría a que su padrastro prefería estirar la pata antes que admitir que necesitaba a alguien, y mucho menos a él. Parecía que los vecinos habían olvidado lo mucho que Richard había disfrutado poniéndolo de patitas en la calle pocos meses después de la muerte de su madre. Josh había terminado el instituto unas semanas antes. Cuando se fue, no se le permitió llevarse nada más que algo de ropa y sus libros de texto.

Richard aseguraba que Josh era un ladrón. Echó en falta doscientos dólares de su cartera, y estaba convencido de que fue él quien se los robó. Pero Josh no sabía nada del dinero desaparecido,

lo que dejaba solo a Dylan como sospechoso. Richard nunca culparía a la sangre de su sangre, así que Josh aceptó el veredicto. Lo que no se esperaba era que le ordenara que se largara pasados tan pocos días de su graduación.

Con el tiempo, Josh aceptó que el dinero desaparecido no había sido más que una excusa. Richard lo quería fuera de casa y fuera de su vida, y hasta ahora Josh había estado encantado de obedecerle.

Estaba de vuelta en Cedar Cove, pero, al llegar a la dirección que había anotado en un trozo de papel, no tuvo la sensación de haber regresado a su hogar. Encontró el hostel en una búsqueda apresurada por Internet a la caza de un lugar donde alojarse cercano a la casa de su padrastro.

Lo que estaba claro era que no podía quedarse con Richard. Por lo que sabía, su padrastro ni siquiera estaba al corriente de su visita, cosa que a él no le parecía mal. Si todo iba bien, no pasaría más de uno o dos días en la ciudad. No quería quedarse más tiempo del estrictamente necesario. Y esta vez, cuando se marchara de Cedar Cove, no tenía intención de mirar atrás.

Después de detener la camioneta en el pequeño aparcamiento del hostel, sacó del asiento trasero su maleta y el ordenador portátil. El cielo estaba encapotado y amenazaba lluvia, como era de esperar en enero en el noroeste del Pacífico. El cielo ceniciento reflejaba a la perfección su estado de ánimo. Daría cualquier cosa por encontrarse en otro lugar que no fuera Cedar Cove, en cualquier sitio donde no tuviera que vérselas con su padrastro, que lo detestaba.

Pero no tenía sentido aplazar lo inevitable, decidió. Cargado con su equipaje, subió las escaleras del porche y llamó al timbre. Apenas había pasado un minuto cuando una mujer abrió.

—¿Señora Frelinger? —inquirió Josh.

Era una mujer de estatura mediana, mucho más joven de lo que había imaginado al hacer la reserva. El cabello castaño, peinado con raya al medio, le llegaba a los hombros. Sus ojos eran de un azul intenso, como un cielo de verano. Cuando llamó por teléfono para hacer la reserva, la mujer al otro lado

de la línea parecía mayor; calculaba que rondaría los sesenta. Pero la que tenía delante era joven, tendría treinta y tantos a lo sumo. Llevaba un alegre delantal de color rojo sobre unos pantalones de andar por casa y un jersey de manga larga.

—No, lo siento. Soy Jo Marie Rose. Les compré el hostal a los Frelinger no hace mucho. Pasa, por favor. —Se hizo a un lado, dejándole espacio para que entrara en el caserón.

Josh entró en el recibidor y sintió de inmediato su calidez. Un pequeño fuego crepitaba en la chimenea, y el aroma de pan recién hecho le hizo la boca agua. No podía recordar la última vez que había olido pan recién horneado. Su madre solía prepararlo en casa, pero de eso hacía muchos años.

—Qué bien huele.

—Siempre me ha gustado cocinar —repuso Jo Marie, como si sintiera la necesidad de explicarse—. Espero que tengas hambre.

—Pues sí —dijo Josh.

—¡Eres mi primer huésped! —exclamó Jo Marie, dándole la bienvenida con una cálida sonrisa—. Bienvenido. —Se frotó las manos, como si no supiera muy bien qué hacer a continuación.

—¿Necesitas mi tarjeta de crédito? —preguntó él, sacándose la cartera del bolsillo.

—Uy, sí, buena idea.

Lo guio a través de la cocina hasta un pequeño despacho. Josh sospechaba que la habitación debió de haber sido una alacena en tiempos. Le tendió una tarjeta de crédito.

Jo Marie se quedó mirándola.

—Anotaré el número, por ahora. Tengo una cita en el banco más tarde. —Algo insegura, lo miró con ojos dubitativos—. ¿Te parece bien?

—Ningún problema —dijo Josh, y ella copió el número de la tarjeta antes de devolvérsela.

—¿Crees que podrías darme la llave de mi habitación? —preguntó él.

—Sí, claro..., ¡perdón! Como he dicho, eres mi primer huésped.

Josh se preguntó cuánto tiempo llevaba regentando el negocio. Jo Marie debió de leerle la mente, porque añadió:

—Firmé los papeles justo antes de Navidad.

—¿Adónde fueron los Frelinger? —Josh no recordaba haberlos conocido cuando vivía en el pueblo, pero se preguntaba por qué querrían vender la casa.

Jo Marie regresó a la cocina, agarró la cafetera y le preguntó con un gesto si le apetecía.

Josh asintió.

—Creo que los Frelinger iban a hacer un viaje por todo el país en su caravana —explicó Jo Marie—. Ya la tenían cargada y lista el día que compré el hotel. Me dieron las llaves y se subieron a la caravana. Iban a pasar la Navidad con sus hijas en California. La primera parada de su viaje.

—Hay gente que no sabe estarse quieta —comentó Josh mientras aceptaba la taza de café humeante que ella le ofreció.

—¿Quieres leche o azúcar? —preguntó Jo Marie.

—No, solo está perfecto. —Se había acostumbrado a tomarlo así cuando vivía con Richard.

—Puedes elegir la habitación que quieras —le dijo Jo Marie. Josh se encogió de hombros.

—Cualquiera estará bien. Este no es un viaje de placer, precisamente.

—¿Ah, no? —Aquello parecía haberle picado la curiosidad.

—No, he venido a organizar los cuidados paliativos para mi padrastro.

—Lo siento mucho.

Josh alzó una mano para detener su expresión de simpatía.

—Nunca hemos estado muy unidos y no tenemos una relación demasiado buena. Lo hago más por obligación que por cualquier otra razón.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? —se ofreció ella.

Josh negó con la cabeza. No había nada que hacer, y punto. De ser por él, se hubiera evitado todo aquello, pero desafortunadamente no había nadie más que pudiera hacerse responsable de Richard.

Jo Marie le enseñó una habitación en el segundo piso. Tenía un gran ventanal que daba a la caleta. Al otro lado se alzaba el astillero naval del estrecho de Puget, donde fondeaban varios barcos y un portaaviones algo maltrecho. El cielo reflejaba el gris metálico de los navíos.

Richard había trabajado en el astillero la mayor parte de su vida. Sirvió en la Marina durante la guerra de Vietnam y, después de que lo licenciaran con honores, encontró trabajo en Bremerton como soldador. Dylan también trabajó en el astillero hasta que perdió la vida en el accidente.

Josh se apartó de la ventana, y no se molestó en deshacer el equipaje. Sacó su teléfono y consultó el correo electrónico esperando haber recibido noticias del próximo proyecto. Aún no había visto a Richard, pero ya estaba pensando en escapar.

Lo primero que vio fue un correo electrónico de Michelle Nelson, la vecina. Lo había enviado apenas un par de horas antes.

Josh lo abrió y leyó:

De: Michelle Nelson (NelsonM@wavecable.net)

Enviado: 12 de enero

Para: JoshWeaver@sandiegonet.com

Asunto: Bienvenido a casa

Querido Josh,

Debes de estar a punto de llegar a Cedar Cove, y quería asegurarme de que habláramos de inmediato. Mis padres se han ido a visitar a mi hermano en Arizona (acaba de tener un bebé) y yo me he quedado en su casa para dar de comer al perro y tener a Richard vigilado. Estaré libre unos días, así que si me llamas cuando te hayas instalado en el hostel, puedo acompañarte a ver a Richard, si quieres.

Michelle

360-555-8756

Se recostó en una silla y se cruzó de brazos. Recordaba la vergüenza que el enamoramiento de Michelle había hecho pasar a Dylan. Aun así, nunca fue cruel con Michelle, como algunos

de los otros chicos del instituto, que se metían con ella, la insultaban y hacían bromas a su costa.

Agradeció la oferta de acompañarlo a ver a Richard por primera vez. Sería genial que hubiera otra persona presente como parachoques. Josh marcó el número de teléfono de Michelle, que respondió casi al instante.

—Michelle, soy Josh.

—¡Josh, Dios mío, cuánto me alegro de oírte! ¿Cómo estás?

—Bien.

El entusiasmo de Michelle era como un bálsamo. No esperaba que nadie se alegrara de su vuelta. Aunque había tenido muchos amigos en el instituto, no mantuvo el contacto con ninguno. Tras graduarse, se alistó en el ejército y partió para su instrucción casi de inmediato. Después enlazó con el empleo en una compañía constructora y perseveró hasta convertirse en jefe de obra. No le importaba viajar, así que iba de ciudad en ciudad; nunca pasaba más de unos meses en un mismo sitio. Había estado por casi todo el país y no había echado raíces en ningún lugar. Con el tiempo acabaría por sentar cabeza, suponía, pero por ahora no sentía ninguna necesidad de hacerlo.

—Parece que estás muy bien —seguía Michelle, con la voz suavizada por lo que parecía ser el efecto de sus recuerdos.

—Tú también —murmuró él. A Josh siempre le cayó bien Michelle, aunque le daba pena por su sobrepeso—. Supongo que te habrás casado y tendrás un montón de hijos —bromeó, seguro de que habría encontrado a alguien que supiera apreciarla. La recordaba como una persona generosa y amable. No le sorprendía que se hubiera convertido en trabajadora social y se dedicara a cuidar de los demás.

—No, por desgracia. —En su voz resonaban el pesar y algo de tristeza.

Josh se arrepintió de haber hecho ese comentario.

—¿Y tú? ¿Has traído a tu mujer y a tus hijos para que conozcan la ciudad en la que creciste?

—No, yo tampoco estoy casado.

—Ah. —Parecía sorprendida—. Es que le pregunté a Richard por tu familia y no supo decirme.

No tenía cómo saberlo; hacía años que no hablaban.

—¿Cómo le va al viejo? —preguntó Josh, deseando cambiar de tema.

—No muy bien, es muy tozudo e imprudente. Insiste en que no necesita ayuda, aunque me deja llevarle comida y pasar a verlo de vez en cuando.

El Richard de siempre: poco razonable, gruñón y de mal humor constantemente.

—¿Sabe que he venido? —siguió Josh.

—Yo no se lo he dicho —respondió Michelle.

—¿Es posible que tus padres se lo comentaran antes de irse a ver a tu hermano?

—Lo dudo. No estábamos seguros de si vendrías.

Al parecer, los Nelson lo conocían mejor de lo que él creía.

—Yo tampoco estaba seguro —admitió.

—Ven a recogerme a casa de mis padres —dijo Michelle—. Nos encontramos ahí y vamos juntos a ver a Richard.

—Agradezco tu ofrecimiento.

Michelle titubeó. Cuando por fin habló, su tono era suave, casi anhelante:

—He pensado mucho en ti estos años, Josh. Ojalá..., ojalá hubiéramos tenido ocasión de hablar más en el funeral de Dylan.

Josh no recordaba haber visto a Michelle en el funeral, aunque era evidente que había acudido. Su propia aparición fue tan breve que no tuvo tiempo de hablar con nadie. Le dolió que Richard desdeñara la fuerte relación entre él y Dylan. Era una ofensa más que añadir a la pila, pero ahora resultaba que Josh era el único pariente que le quedaba.

—Entonces, ¿vendrás?

—Me instalaré e iré en una hora. ¿Te parece bien? —Cuanto antes se las viera con el viejo, mejor. Posponerlo no facilitaría en nada las cosas.

—Perfecto. Pues nos vemos en casa de mis padres.

—Hasta luego —dijo Josh y colgó. Sentaba bien tener un aliado en el pueblo, alguien con quien pudiera hablar con libertad. Había olvidado que el mero hecho de estar en Cedar Cove, cerca de Richard, lo hacía sentirse enclaustrado.

Con las llaves de la camioneta en la mano, bajó las escaleras. Jo Marie lo esperaba abajo.

—Voy a ir al banco esta tarde, pero como la llave de tu habitación vale también para la puerta principal, puedes ir y venir como si estuvieras en tu casa.

—Muchas gracias. Ahora voy a salir —dijo—. No estoy seguro de cuándo volveré.

Josh había decidido que daría una vuelta por el pueblo antes de acercarse a casa de los Nelson. Sería interesante ver cómo había cambiado Cedar Cove con los años. No había visto muchas diferencias al tomar la salida de la autopista. Y a juzgar por la vista desde su habitación, la zona costera no distaba mucho de su recuerdo. Imaginaba que muchas cosas seguirían como siempre.

—Pues entonces nos vemos después.

—Sí, hasta luego.

Al salir del hotel, se detuvo para subirse la cremallera de la chaqueta, que aún no había sentido necesidad de quitarse. El frío lo azotó con dureza al salir a la calle. Había empezado a llover, la sempiterna llovizna invernal en el estrecho de Puget.

Fue en coche hasta su antiguo instituto y constató que, a excepción de varias aulas prefabricadas, todo seguía tal y como él lo recordaba. Aparcó la camioneta y dio un rodeo hasta la parte trasera del edificio, donde se encontraban los campos de fútbol y atletismo. La pista parecía haber sido renovada recientemente. Él había formado parte del equipo de atletismo en el instituto y no se le daba mal, pero Dylan era el verdadero deportista de la familia; hasta consiguió entrar en el equipo de honor en su último año. Para entonces, Josh ya estaba en el ejército y recordaba lo orgulloso que se sintió cuando su hermanastro se lo contó.

Josh ni siquiera había asistido a su propia graduación, ni tampoco al baile de fin de curso. No podía permitírselo, y Richard

nunca estuvo dispuesto a pagar nada que excediera sus necesidades más básicas. Tras la muerte de su madre, supo que no podía contar con él para nada más que un techo y no se equivocó. Al final, Richard se negó a proporcionarle incluso eso.

Desde el instituto, caminó hasta la calle Harbor, y se llevó una agradable sorpresa: habían pintado un mural en la fachada de la biblioteca y el restaurante chino seguía en el mismo sitio. Pero descubrió que varias tiendas habían desaparecido, como la peluquería canina en la que trabajó el verano antes del último curso de instituto.

Al final decidió que era ridículo posponer su visita a Richard y se dirigió a su antiguo barrio. A pesar de no sentir el más mínimo deseo de ver a su padrastro, estaba resuelto a no dejar que el viejo siguiera intimidándolo.

Aparcó en la calle frente a la casa de los Nelson y sacó papel y bolígrafo para hacer una lista con las cosas que se quería llevar de la casa. La Biblia de su madre fue lo primero que anotó, seguido del camafeo. Quería dárselo a su hija, si algún día tenía una. También pensaba llevarse su chaqueta del equipo de atletismo, que pagó de su propio bolsillo, igual que el anuario de su último año, que sumó a la lista. No había podido llevárselos cuando Richard lo echó de casa. Él no se lo permitió.

Una hora después de telefonar a Michelle, Josh llamó al timbre de casa de los Nelson.

—¿Josh? —Michelle lo recibió con una cálida sonrisa.

Debía de haber un error. La persona que le había abierto la puerta no podía ser Michelle. La mujer que tenía delante era alta y esbelta y... guapísima.

—¿Michelle? —preguntó, incapaz de ocultar su sorpresa.

—Sí. Ella se echó a reír—. Soy yo. No me habías visto desde antes de que adelgazara, ¿verdad?

En su asombro, Josh apenas podía cerrar la boca y dejar de mirarla fijamente.

Capítulo 3

Josh siguió a Michelle al interior de la casa de sus padres, seguía intentando hacerse a la idea de que la hermosa mujer que tenía delante fuese Michelle Nelson. Era difícil creer que la adolescente regordeta de sus recuerdos y esa mujer esbelta fueran la misma persona.

—¿Café? —preguntó ella al entrar en la cocina.

—Ah, sí. —Los pensamientos se agolpaban en la cabeza de Josh. Quería preguntarle lo que le había pasado, pero se le ocurrió que tal vez fuera grosero.

Michelle llenó una taza y se la ofreció.

A Josh le costaba apartar la mirada de ella. De repente se dio cuenta de por qué no la vio en el funeral de Dylan: no la había reconocido. Era posible que la hubiera tenido delante, era incluso probable que hubieran hablado. Recordaba haber intercambiado algunas palabras con varias personas, a un par de las cuales fue incapaz de identificar.

Siguió contemplándola por encima del borde de su taza de café.

—¿Tanto te sorprende? —preguntó ella con una amplia sonrisa. Permanecía a un lado de la encimera de la cocina, y él, al otro.

Josh asintió, sin saber muy bien qué decir.

—Ya no soy la misma chica que fui en el instituto —le aseguró ella—. Y, la verdad, me alegro.

—Está claro que has cambiado. —Acercó un taburete y se sentó.

—Todos cambiamos, ¿no crees? Tú no eres el mismo que cuando te fuiste de Cedar Cove, ¿verdad?

Josh admitió que tenía razón:

—No, y, como tú, me alegro. —Fue un adolescente impetuoso y lleno de ira. Acababa de perder a su madre y su padre le rechazaba. No quería recordar esa época, y le aliviaba no tener que hacerlo.

—¿Qué me cuentas de Richard? —preguntó.

Ella se tomó unos instantes para responder.

—El señor Lambert no ha cambiado mucho, en lo que respecta a su personalidad —dijo Michelle.

—¿Quieres decir que sigue siendo gruñón, cabezota, poco razonable, orgulloso y difícil? —Aunque en boca de Josh sonaba a broma, lo decía en serio. Así era el Richard que recordaba. En todo caso, Josh supuso que la muerte de Dylan y la edad no habrían hecho otra cosa que intensificar los rasgos negativos de su padrastro, por más que a él le hubiera gustado que sucediera lo contrario.

—Básicamente, sí. —Michelle se echó a reír, sujetando la taza de café con las dos manos a medio camino entre la encimera y su boca—. Debería estar en una residencia, o en algún sitio donde pudieran cuidarle como es debido, pero no quiere ni oír hablar del tema.

—El mismo Richard de siempre. —Josh sabía que su padrastro debía de haber luchado con uñas y dientes por quedarse en su propia casa. Y no le culpaba por ello, pues él hubiera hecho igual.

—El mismo Richard de siempre —repitió Michelle.

—¿Y qué hay de solicitar cuidados paliativos?

Michelle encogió sus esbeltos hombros.

—Se niega a considerarlo. Me dijo que no quiere a un montón de gente compadeciéndose de él y esperando a que se muera.

Josh meneó la cabeza. Contaba con que Richard sería difícil de manejar por más que estuviera a las puertas de la muerte. ¿Por qué iba a cambiar ahora?

Dio un último sorbo a su café y dejó la taza sobre la encimera.

—No tiene sentido seguir posponiendo el momento, vamos a verlo. —No dejaba de pensar que tal vez Richard caería muerto de la sorpresa cuando lo viera. Se sintió algo culpable por ser tan negativo, y le sorprendía su actitud, pues parecía que una parte de él se alegraría si eso sucediera.

A lo largo de los años, había hecho grandes esfuerzos por no albergar resentimiento contra su padrastro. Pero ahora, cuando apenas llevaba unas horas en la ciudad, ya volvía a sentir todas esas emociones negativas que llevaba dentro cuando se marchó siendo un adolescente. Era como si el tiempo no hubiera pasado y volviera a tener dieciocho años, y a ser igual de orgulloso, inmaduro y colérico.

—Voy a por el abrigo y vuelvo enseguida —dijo Michelle mientras dejaba la taza antes de salir de la cocina.

Josh se puso las manos en los bolsillos.

—Te agradezco mucho que vengas conmigo.

—No se merecen. —Las palabras de Michelle resonaron desde el pasillo que llevaba a los dormitorios.

Cuando volvió, llevaba puesto un alegre abrigo rojo y una bufanda blanca anudada al cuello. Al salir, Josh se vio una vez más azotado por el frío viento del invierno. Afortunadamente, las casas estaban próximas. Los Nelson habían sido sus vecinos más cercanos desde que su madre se casó con Richard.

—¿Hay algo en especial que deba saber antes de verlo? —saltó Josh, deseando que se le hubiera ocurrido preguntarlo antes.

Los pasos de Michelle se ajustaron a los suyos mientras caminaban bajo la llovizna.

—Parece mucho mayor de lo que es en realidad. Empecé a darme cuenta unos seis meses después de la muerte de Dylan. Creo que no ha vuelto a ser el mismo desde que enterró a su hijo.

Josh se sorprendió al experimentar un asomo de compasión. Richard había perdido a dos esposas y a su único hijo. El único pariente que le quedaba era un hijastro que nunca le había caído

bien. Toda la gente que le importaba se había ido. Y con la muerte de Dylan, Richard se había quedado sin un legado que traspasar a la generación que le sucediera.

Subieron los escalones del porche. Las malas hierbas habían invadido los parterres de flores que su madre había cuidado con tanto mimo. Josh hizo cuanto pudo por mantener los parterres libres de maleza mientras su madre luchaba contra el cáncer de mama, y también después de su muerte. Era el único a quien le importaba. Apartó la mirada, decidido a no dejar que algo tan trivial como un parterre descuidado lo afectara.

—El señor Lambert suele dejar la puerta cerrada. —Michelle metió la mano en el buzón y sacó la llave. La devolvió después de abrir la puerta, y la oyeron aterrizar con un tintineo al caer al fondo de la caja metálica.

—¡Hola! —exclamó Michelle al abrir la puerta—. ¿Hay alguien en casa?

—¿Quién es? —Richard preguntó en una voz que a Josh solo le resultaba vagamente familiar. Parecía que se encontraba en el salón adjunto a la cocina.

—Soy Michelle.

—Estoy perfectamente. No necesito nada.

—Me alegro —replicó ella, andando delante de Josh—, porque no le he traído nada. —Rio, dejando claro que se le daba muy bien dejar que las malas pulgas de Richard le afectaran.

Entraron en la sala y la mirada de Josh fue de inmediato al viejo sentado en el sillón. El mismo en el que Richard solía sentarse cuando Josh vivía en casa.

El anciano parecía menudo y frágil en su butaca, y tenía una manta sobre el regazo. Nunca fue un hombre robusto. Cuando Josh cumplió los dieciséis, ya medía metro ochenta, cinco centímetros más que su padrastro, y creció un dedo más a lo largo del año siguiente.

Pero lo que le faltaba en altura lo compensaba con bravuconería. Nunca había llegado a las manos con Josh, pero los insultos eran constantes. Y empeoraron notablemente tras la muerte de su madre.

Richard alzó la mirada, y se quedó mudo al verlo. Por un momento pareció que suavizaba la expresión, pero cualquier señal de que se alegraba de ver a su hijastro desapareció de un plumazo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

Josh se tensó, y le sorprendió que un hombre moribundo aún tuviera el poder de intimidarle.

—He venido a ver cómo estabas, y a llevarme algunas de mis cosas.

—¿Qué cosas? No vas a llevarte nada, ¿me entiendes? Nada.

Josh se enfureció y tuvo que morderse la lengua para no replicar, asombrado por la facilidad con la que Richard le provocaba.

Michelle le puso la mano en el brazo para aplacarle.

—¿Necesita algo, señor Lambert?

—No —ladró Richard. Apartó la manta e intentó levantarse del sillón.

Antes de que se hiciera daño, Michelle corrió a su lado.

—Señor Lambert, por favor.

Richard volvió a sentarse. Había empalidecido, y parecía a punto de desmayarse. El sonido de su respiración, profunda e irregular, llenó la habitación.

Josh se sentía fatal. No pretendía hacerle enfadar. No era consciente de lo débil que estaba.

—No me llevaré nada sin tu permiso —le aseguró.

—No eres más que un buitre —dijo Richard en cuanto recuperó un poco el aliento. Su voz era temblorosa y endeble. Se llevó una mano al pecho—. Has venido a revolotear por aquí hasta que yo me muera para robarme, como hiciste cuando eras un chaval.

—No quiero nada de ti —insistió Josh. Cinco minutos con su padrastro, y ya le hervía la sangre.

—Si es dinero lo que buscas...

—No quiero nada de ti —le interrumpió Josh.

—No te daré nada.

—¿De verdad crees que quiero algo de lo que tú puedas darme? —preguntó Josh—. ¿Tan desesperado crees que estoy?

—Estuviste lo bastante desesperado como para robarme doscientos dólares. No se puede caer más bajo.

Josh apretó los puños. Si no se marchaba de inmediato, haría o diría algo de lo que se arrepentiría. Giró sobre sus talones y se precipitó fuera de la casa, paseándose arriba y abajo por la acera en un intento por calmar su furia.

Michelle salió unos minutos después. Para entonces, Josh había recuperado la compostura.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Josh ignoró la pregunta.

—¿Cómo está?

—Débil, pero tirando.

Josh expiró profundamente y cerró los ojos.

—Dudo que esto pudiera haber ido peor.

—El señor Lambert está fuera de sí.

Josh contuvo una carcajada.

—Te equivocas. Me odiaba hace años, y sus sentimientos no han cambiado. —Debía de ser todo un golpe para el viejo el asumir que era el único pariente que le quedaba.

—¿Qué es eso de los doscientos dólares? —inquirió Michelle.

—Yo no los robé —repuso él con vehemencia.

—Es por eso por lo que te echó de casa, ¿verdad?

Josh metió las manos en los bolsillos, encogió los hombros y asintió.

—¿Quién los robó? —Sin esperar su respuesta, contestó ella misma—: ¿Dylan?

—Es la única explicación. Imagino que pensaba devolverlos, pero Richard los echó en falta antes de que pudiera hacerlo.

—Y el señor Lambert supuso que habías sido tú.

No era una pregunta, sino una afirmación. Josh dudaba que jamás fuera a olvidar esa escena. Dylan estaba en la cocina cuando su padrastro irrumpió en el salón, donde Josh estaba estudiando. Gritando y maldiciendo, Richard le agarró por el cuello de la camiseta. Dylan se quedó paralizado por el terror, mudo de impresión, mientras Richard echaba a Josh de casa a patadas, literalmente.

Aunque Josh y su padrastro nunca se habían llevado bien, nunca le había puesto la mano encima hasta entonces.

Más tarde, Dylan fue a verlo. Josh sabía que Dylan se había llevado el dinero, y Dylan sabía que Josh lo sabía. Pero Josh le dijo a su hermanastro que de todas formas había llegado la hora de marcharse, y que era mejor que las cosas quedaran así. Y aunque Dylan confesara, no hubiera cambiado nada. El dinero desaparecido era solo la excusa que Richard estaba esperando.

Lo que Richard no sabía era que Josh ya se había alistado en la oficina de reclutamiento del ejército. Iba a marcharse a su instrucción militar una semana después de su graduación. No tenía intención de volver, así que no le pareció necesario aclarar las cosas.

Michelle lo agarró de la manga.

—¿Estás bien?

Josh no estaba seguro de cómo responder. ¿Lo estaba?

—Estoy algo aturdido, eso es todo. Me sorprende que Richard aún tenga el poder de alterarme, y me sorprende que aún cause tanto efecto en mis emociones.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte?

Aunque lo supiera, dudaba que pudiera responderle. Aún más sorprendente que la ira que lo consumía era la tristeza que amenazaba con embargarle.

A su manera, Josh había hecho las paces con su pasado. No esperaba convertirse en el amigo del alma de su padrastro, pero, muy en el fondo, una parte de él deseaba —esperaba— que tal vez tuvieran la oportunidad de llegar a entenderse. No odiaba a Richard; nunca le había odiado. El viejo se encontraba al final de su vida, pero incluso ahora, con apenas semanas por delante, parecía poco probable que estuviera dispuesto a reconciliarse.

—¿Josh? —insistió Michelle.

—Nada, gracias. Te agradezco que estuvieras aquí.

—Creo que lo mejor será que también venga la próxima vez que visites a Richard.

Josh asintió.

—Me parece buena idea.

—¿Has ido ya al Palacio de las Tortitas? —preguntó ella tras un silencio.

La pregunta parecía un abrupto cambio de tema.

—¿Perdón? —El Palacio de las Tortitas, que servía comida de todo tipo, pero se especializaba en desayunos, solía ser el lugar de reunión de los jóvenes tras los partidos de fútbol del instituto. Hacía años que no pensaba en él.

—¿Has comido? —inquirió ella enfáticamente—. Yo siempre estoy de mal humor y muy susceptible cuando tengo el estomago vacío.

—¿Comido? —repitió él, aún ofuscado por el encuentro con Richard—. No, es verdad.

—Yo tampoco, y me muero de hambre. ¿Vamos? —Parecía segura de que respondería que sí, porque lo tomó del brazo y lo guio hasta la camioneta—. Son más de las tres, y no he comido nada desde primera hora de la mañana.

Josh no creía que fuera capaz de tragar un solo bocado, pero necesitaba alejarse de Richard y no le apetecía volver al hostel y quedarse a solas en su habitación.

—Al Palacio de las Tortitas, pues —dijo, y abrió la puerta del copiloto para Michelle y le ayudó a subir.

Dio la vuelta al vehículo y se sentó a su lado. Cuando se disponía a introducir la llave en el contacto, ella le agarró la mano.

—Debe de haber sido muy difícil. Lo siento, Josh, lo siento muchísimo.

Apreció la suave caricia de su mano, y la ternura de su mirada. Se sentía hipnotizado por lo mucho que había cambiado. No solo físicamente, aunque el cambio físico era drástico, lo que más le sorprendía eran su sabiduría y madurez, cualidades que solo se adquirirían tras enfrentarse a un profundo dolor emocional.

Josh tenía sus propios problemas, sus propias cicatrices. Richard parecía resuelto a dejar las cosas tal como estaban entre ellos y morir solo. Y si eso era lo que quería su padrastro, Josh no tenía intención de llevarle la contraria.